



Obra. *Hécuba y las Troyanas*. 2016. Dir. Santiago Lugo

## Cuento II

### El Dr. Muerte

Albeiro Peñaloza Cruz<sup>1</sup>

#### Resumen

Las últimas sombras de la noche; el momento de las bellas sombras que se cuelan por las puerta avisando la llegada de la mañana, con siluetas que pintan el día, y con él la vida. Las mismas sombras que se murmura, se han visto también en oleadas violentas de pensamientos, en gotas de sudor frío, en pupilas dilatadas o en párpados grisáceos que parecen agujeros.

Las que habitan en los espejos y se convierten en reflejo de la carencia de una vida digna, en la suma de razones para un suicidio asistido, en meses de rutina monótona dentro de una ciudad que aturde invasivamente a la tranquilidad. En un par de miradas melancólicas y cuestiones difusas en un supuesto propósito vital del ser humano.

<sup>1</sup> Licenciado en Artes Escénicas por la Universidad Pedagógica Nacional. Hizo parte de Ditrambo Teatro, el Teatro Taller de Colombia y Casa TEA como actor y gestor cultural, ha hecho parte de procesos de creación colectiva, seriados, y proyectos cinematográficos. Actualmente es el director de VIDA-El Festival de las Artes Escénicas de Viotá Cundinamarca.

Incluso se han visto en imaginarios ficticios de una sombra que recorre un último rincón de la calle de los asustados; donde casi predeciblemente se ubica la calle de los suicidios asistidos. La misma sombra que detalla la atmósfera fría y sórdida de una sala de espera donde aguarda a su llamado. Y donde unos minutos después, invade atrevidamente la silueta de una enfermera asistente que lo atiende tras la ventanilla de la recepción hasta hacer vaho en los vidrios.

La última sombra de la noche que se ha colado en el consultorio del Dr. Muerte y quien de forma inquietante e insistente le pide que le asista, le replica que ha elegido precisamente esa cita para convertirse de carne a sombra; y que no piensa cancelar su cita.

## **El Dr. Muerte**

Hace tres meses que abro los ojos antes de que amanezca. O antes de que llegue la luz a mi cuarto, que por lo general es después que ha iluminado todos los cerros.

Cuando me doy cuenta que la luz está por entrar, por colarse aterradora en mis espacios, ese justo momento que me gusta llamar “el Momento de las bellas sombras”; porque es en ese momento donde aparecen las últimas sombras de la noche avisando la llegada de la mañana, y con ella el día, y con él la vida... o lo que significa para mí.

Lo que quiero decir es que en ese momento, con mi cerebro estancado y medio ahuevado, me doy cuenta que despierto con la misma sensación, esa que reconozco al sentir una gota de sudor fría que cae de mi sobaco y que golpea algunas veces mi abdomen y otras veces mi pierna, como dejando herida. Esa

sensación que aparece hace varios meses, y que antes me aterraba, pero que ahora la entiendo y la concibo como parte de la vida, o por lo menos de la mía. Y es que uno tiene que ser valiente, por lo menos con sí mismo, y concebirse como un ser con historia... como un ser que decide su historia.

Esta no es la imaginaria Bouville y yo no soy Antoine Roquentin, pero mi decisión sí tiene que ver con “el Propósito vital del hombre”, de cada uno de los hombres, porque cada uno encuentra el suyo o se la pasa buscándolo. Yo me siento tranquilo con el que reconocí hace ya un tiempo, el que desencadenó todo para que yo esté arreglándome aquí ahora para verlo, para poder conocerlo y pedirle que se convierta en una “bella sombra”... apenas lo imagino.

Termino de vestirme y me doy cuenta que quedé perfectamente organizado, incluso al verme pienso que nunca antes me había arreglado así, todo tan bien planchado, absolutamente acomodado.

Mientras pensaba en esto, noto que llevo ya un buen rato frente al espejo con el cepillo de dientes en la mano, observándome, no con la mirada del narcisista sino con la del melancólico, porque puedo ver lo que de verdad hay detrás de esta imagen muy bien construida, cuidadosamente forjada; Yo si alcanzo a ver lo que hay allá atrás... por suerte.

Mis pensamientos empezaron a agitarse junto con el pulso, son las siete de la mañana y la cita es a las diez, sin embargo ya estoy listo. Mis pensamientos revolotean en mi cabeza estrellándose unos a otros, en oleadas se lanzan hacia mis orejas volteando mis párpados y amenazando con estallar mis pupilas, siempre me sucede, a esta hora de la mañana, entonces lo

mejor es fumarme un hilillo para que se me organicen y suelten mis párpados, así ya puedo sonreír...

Es hora... Al abrir la puerta que da a la calle lo primero que siento es otra vez ese olor a mierda y a meados del afuera que me hace arrugar el rostro. Sin embargo no es sino caminar un par de calles para que el aroma comience a ser parte tuyo, de tus adentros, entonces ya no lo sientes y dejas de arrugar el rostro... empiezas a disfrutarlo.

Atravieso varias protestas, esquivo ágiles vendedores. Puedo sentir el ambiente confuso de la ciudad entre conformes, inconformes, indiferentes, diferentes, oportunistas y uno que otro cabrón hijo de puta, sin embargo todos con la excusa del establecimiento de una vida digna, en eso basan sus consignas. Con gusto les diría que no es posible y que ya nos hemos cagado todo lo digno que teníamos... Pero no merecen saberlo.

Faltando cinco minutos para las diez llego a la calle *"de los asustados"*. Bonita calle que escogió el doctor para la clínica, pensé mientras entraba.

Las paredes de la sala de espera combinaban tonos entre gris y azul oscuro, arriba de la ventanilla un cuadro bastante particular con perspectivas siniestras firmado por Kevorkian - *es demasiado apropiado* - pensé sonriente. En la ventanilla estaba quien debiera ser su secretaria, hablaba por teléfono y me sonreía, quizá pensando en devolverme la sonrisa que yo marcaba aún por el cuadro arriba de su cabeza, sin embargo no me molesté en hacer nada para que pensara lo contrario, por el contrario me senté a esperar con una sensación de bienestar que no me dejaba abandonar esa sonrisa, que yo sabía debía dejar en

algún momento para no correr el riesgo de que me tomarán por raro.

*-El doctor Kevorkian ya está listo para verlo - me dice ella saliendo.*

La escucho, pero como si se congelara el tiempo, me doy cuenta que solo puedo verle sus labios y pensar en su rostro rozando contra la ventanilla si la cogiese por la espalda, golpeando sus nalgas mientras su aliento pinta formas con sus babas en el vidrio.

*-Muchas gracias – Respondí.*

Cuando me da la espalda vuelvo en sí, y sin dejar de ver los pliegues de su ceñido uniforme pienso cuanto voy a extrañar el sexo, pero también recuerdo que hace parte de lo efímero. Toco la puerta y entro a una especie de oficina que nunca habría pensado encontrar...

Todo hace parte de un ambiente placentero, los colores están perfectamente combinados, al fondo levemente se escuchan armonías juguetonas que al ponerles atención se pueden reconocer; es Allegro de Sebastian Bach. También puedo contemplar más cuadros pintados con el mismo sentido como el que pude ver en el de la sala de espera, los trazos son delicadamente aterradores, cuidadosamente hermosos, puedo escuchar mi respiración entrar y salir expectante. Al bajar la mirada encuentro un escritorio y una silla apenas quedándose quieta, al fondo títulos y estudios enmarcados que solo apuntan a un tema... la muerte. En medio de la sala dos sofás ubicados uno frente al otro y separados por una mesa que curiosamente se encuentra ocupada de comida y licor, pero no cualquier licor, también estaba debidamente

escogido. Por un momento sentí como si todo estuviese preparado para ese momento... entonces sonreí.

Él estuvo parado junto a la ventana todo el tiempo. Su sonrisa se marca al darse cuenta que lo veo:

*-Bonito el nombre- le digo*

*-Mi madre lo escogió muy bien, Gustavo se llamaba mi abuelo- su voz es clara, precisa como todo en el cuarto.*

*-No hablaba del suyo, sino el de la clínica... Clínica de suicidios asistidos - le digo después de un silencio cómodo y majestuoso -.*

*-¿Por qué está aquí? - me preguntó súbitamente. Si no hubiese sido porque estaba tan seguro de lo que quería quizá me habría descolocado, pero automáticamente pude concentrarme en responderle.*

*-Estoy aquí porque quiero que me ayude a quitarme la vida.*

*... ¿Y por qué habría de hacerlo? – Preguntó mientras se sentaba con aires de investigador*

*-¿Acaso no es usted el doctor de la muerte digna?*

*-Precisamente, y me halaga mucho que me llame así – Sabía que le gustaría, había leído acerca de él y observado diferentes entrevistas, no era coincidencia que estuviese allí, yo le iba a complacer siempre y cuando él cediera... Pero trabajo bajo ciertos parámetros – Continuó - y lo encuentro a usted en plenas facultades físicas y mentales... - Dijo, y luego se soltó a exponerme sus argumentos filosóficos y científicos, pero lo que realmente me impresionaba era como se excitaba gradualmente conforme profundizaba en el tema.*

*-Es muy sencillo lo que quiero exponerle Dr. Kevorkian, y se lo explicaré en seguida: ¿se supone que usted*

*está de acuerdo y apoya los postulados de la muerte digna no es así?, y la muerte digna estaría justificada siempre y cuando la vida deje de serlo, si consideramos esa relación y espero no equivocarme - mientras hablaba volví a notar como se excitaba, sus pupilas se dilataron y humedecía los labios haciendo gran esfuerzo por disimularlo- lo que pasa Dr. Es que mi vida y seguramente la de muchos otros, dejó de ser digna hace mucho tiempo, no encuentro ningún sistema inventado por el hombre que soporte el sentido de estar vivo, lo que antes era cierto hoy no tiene validez, y no se trata de una crisis emocional ni psicológica, se trata de una cuestión de sinceridad y reconocimiento Dr. Los pronósticos son los peores, usted y yo sabemos que el mundo necesita acabar con las plagas y no estamos muy lejos de llegar a ser una, con todo y nuestros intentos de hacer bello el mundo... Hemos fracasado, elegimos los enfoques equivocados, le dimos importancia a lo que no tiene, y como usted dice Dr. Morir no es un crimen, y todos estamos en el derecho de elegir nuestra muerte. ¿Estaría usted dispuesto a asistir mi suicidio Dr Kevorkian?*

*-La verdad no puedo negar que me sorprende su pensamiento y con él su determinación, pero creo que tengo que estudiar el caso y consultar un poco antes de darle mi decisión Sr. Ámbar, es necesario que firme estos documentos y que se acerque la otra semana, para el momento le prometo tendremos una decisión conveniente - Podía notar que mentía, que ya lo había decidido desde que ingresé a su oficina, entonces lo único que tuve que hacer fue darle un empujoncito -.*

*-Usted no ha entendido Dr. Kevorkian, hoy es el día que yo elegí, ya no voy a devolverme...*

El Dr. Kevorkian se levantó de donde estuvo sentado toda la conversación con sus pupilas a punto de

estallar, caminando pausadamente, sin ansiedad, respirando tranquilo para no hacer notar su excitación, pero yo podía notarla hacía ya desde hace un buen rato. Se detuvo en un costado de la habitación y abrió una puerta que tenía bajo llave, se quedó de pie en la entrada de lo que parecía ser un consultorio, yo entendí y seguí el mismo camino que él había recorrido hasta la puerta, lo mire sonriendo justo antes de pasar, él me miró entrando detrás de mí.

